

Marta BLASCO MARTÍN^a

Dados y fichas de la Edad del Hierro en la Península Ibérica

RESUMEN: En este trabajo presentamos una compilación de los dados encontrados en el sur y este peninsular entre los siglos VI-I a.C. Se ha incidido en los contextos, en las diversas materias primas en las que se han realizado, en sus características físicas y en las piezas asociadas a los mismos que pueden interpretarse como parte de juegos antiguos. Además, se analiza la orientación de las marcas en cada una de las caras de los dados y su numeración. Todo ello desde una visión comparativa con otras culturas mediterráneas de la Antigüedad. Asimismo, se recogen una serie de piezas cúbicas y paralelepédicas similares a los dados, pero que por sus características físicas consideramos distintas a estos y se plantean sus posibles usos.

PALABRAS CLAVE: Época Ibérica, dados, fichas, astrágalos, “petits objets”, juegos antiguos, azar, adivinación.

Dice and tokens (dominoes) of the Iron Age in the Iberian Peninsula

ABSTRACT: In this essay, we analyse a compilation of dice (VI-I B.C.) found in the south and south east of the Iberian Peninsula. We have paid special attention to the contexts, the different raw materials in which they have been made, their physical characteristics and the artifacts associated to such dice as they can be interpreted as part of ancient games. Furthermore, we have analysed the facing and positions of each numeration and face for every dice. All of this has been done from a comparative perspective with other antique Mediterranean cultures. Additionally, we collect a series of cubic and parallelepipedic pieces similar to the dices, but we consider them different due to their physical characteristics. We propose some uses for these objects too.

KEYWORDS: Iberian period, dices, tokens (dominoes), knucklebones, small finds, ancient games, luck, prediction.

a Personal Investigador en Formació, Subprograma “Atracció de Talent” (VLC-CAMPUS), Universitat de València.
marta.blasco@uv.es

1. INTRODUCCIÓN

Por un hallazgo “casual” en la bibliografía mientras buscábamos piezas realizadas sobre hueso, asta y marfil en yacimientos ibéricos, encontramos información sobre tres dados fabricados sobre hueso¹ depositados en la tumba 43 de la necrópolis ibérica de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) (García Cano et al., 2008: 57). Esta referencia nos llevó a realizar una búsqueda más exhaustiva de este tipo de piezas en cronologías prerromanas y nos hizo plantearnos una serie de preguntas que responder: ¿Cuándo aparecieron los primeros dados? ¿Quiénes los inventaron? ¿Cuándo llegaron los primeros dados a la Península Ibérica? ¿En qué materiales se realizaron? ¿En qué contextos aparecen? ¿Cuándo se generalizó su uso? Algunas de estas preguntas no han resultado fáciles de responder, pero la búsqueda sistemática de información bibliográfica, así como la revisión y estudio personal de los dados a los que hemos podido tener acceso recuperados en el territorio de la Cultura Ibérica, nos han permitido obtener los datos y conclusiones que presentamos en este trabajo.

2. ORIGEN DE LOS DADOS

El primer punto que debemos tratar es el del origen de los dados. Tras una investigación exhaustiva, que fuese más allá de teorías e ideas contradictorias que fácilmente pueden encontrarse por la red, debemos señalar que las evidencias arqueológicas que hemos podido documentar en diferentes publicaciones científicas, nos revelan un panorama que no aclara con rotundidad dónde y cuándo fijar el origen de estas piezas de juego. Manniez (2010), en su trabajo sobre los dados de hueso de época romana de la ciudad de Nîmes, señala que el origen de éstos se asocia a los griegos o a los lidios, pero hay constancia de su existencia anterior en el Egipto Faraónico. Y bien es cierto que en el Antiguo Egipto encontramos dados dentro de su cultura material y referencias de algunos autores a su existencia (Moret, 1993: 128; Luck, 1995). Se han encontrado dados, por ejemplo, en las excavaciones de Deir el-Medinah en contextos del Nuevo Imperio (Caubet, 2004: 46) o en Tanis, donde se recuperó un dado datado en el I mil. a.C.² realizado sobre marfil de hipopótamo, de forma cuadrangular y con la puntuación de sus caras igual a los dados actuales, esto es, las caras opuestas suman, entre ambas, siete: 1-6; 2-5; 3-4.

Por otra parte, si hablamos de los primeros juegos de azar que conocemos no podemos menos que empezar hablando del mundo mesopotámico, concretamente del Juego de Ur, hallado en la Tumba PG/789 del Cementerio Real, con una cronología de mediados del III milenio a.C., lo que lo convierte en el juego de mesa más antiguo conocido. Está realizado sobre madera, concha y lapislázuli y, actualmente, se encuentra expuesto en el *British Museum* de Londres. Este juego no requería de dados en sí, sino que contaba con una serie de fichas puntuadas que podrían ser lanzadas. Desconocemos exactamente las reglas que se utilizarían para jugar (Ascalone, 2008: 255; Llagostera, 2011: 306-307). Para el mundo egipcio conocemos también juegos completos de azar, en los que no necesariamente se utilizaban dados, sino que también se podía jugar lanzando tabas, bastoncillos o fichas en las que se señalaba la puntuación pertinente. Como el *senet*, un juego de tablero, popular entre todas las clases sociales egipcias, y del que, de nuevo, desconocemos exactamente las reglas (Llagostera, 2011: 307-308). Sí sabemos que este juego desempeñó durante el Imperio Nuevo una función funeraria, ya que aparece citado en el capítulo diecisiete del Libro de los Muertos. El difunto debía jugar una partida contra un adversario invisible y, si vencía, quedaba garantizada la pureza de su corazón (Fassone y Ferraris, 2008: 225). Por tanto, vemos que tenemos constancia de los juegos de azar desde mediados del

1 Su posterior revisión en el Museo Arqueológico Jerónimo Molina (Jumilla, Murcia) nos permite corregir esta información y afirmar que estos tres dados fueron realizados sobre marfil, no sobre hueso.

2 No se especifica una cronología más concreta (Caubet et al., 2004: 48).

III mil. a.C. en Mesopotamia y desde el Imperio Nuevo en el Egipto Faraónico. Además, dados y otras piezas de juego también se han recuperado en yacimientos griegos (Béal, 1983: 354) y etruscos (Artioli et al., 2011) con una cronología que al menos alcanza el s. VIII a.C.

Si, más allá de los vestigios materiales, nos apoyamos en la lectura de los autores de la Antigüedad para señalar el origen de los dados, debemos apuntar las palabras de Heródoto de Halicarnaso (s. V a.C.) que explica que fueron los lidios los que inventaron los juegos de dados y de las tabas: “*Los mismos lidios afirman que los juegos a los que hoy se juega entre los griegos son invención suya. Y al mismo tiempo que los inventaron, esto es lo que los lidios cuentan, colonizaron Tirrenia. He aquí lo que explican. En tiempos del rey Atis, hijo de Manes, hubo en el país entero de Lidia una gran escasez de comida. Primero los lidios la soportaron con acopio de paciencia, pero al ver que la cosa no cesaba buscaron paliativos, y uno inventó una cosa, y otro otra. De manera que data de entonces la invención del juego de dados, del juego de tabas, del juego de la pelota y de todos los demás juegos a excepción del juego de damas, el cual los lidios no dicen haber inventado. Y explican que, tras haberlos inventado, engañaban así el hambre: jugaban un día entero para no tener que haber de buscar comida; al día siguiente dejaban el juego y comían*” (Heródoto, Historia, I, 94).

En los poemas épicos de la Odisea y de la Iliada datados en torno al s. VIII a.C., no encontramos referencias expresas a los dados, pero sí aparecen varias escenas en las que los hombres toman importantes decisiones “echando suertes” (Iliada, III, 314-316; VII, 170-192; Odisea, X, 203-210) o en las que, simplemente, para entretenerse en sus horas vacías, los hombres, en este caso los pretendientes de Penélope, mientras Odiseo está ausente, estaban “gozando en jugar a las suertes” (Odisea, I, 106-108).

Autores clásicos posteriores a la guerra de Troya y al viaje de regreso de Odiseo, como Pausanias en su obra *Descripción de Grecia*, señalan que fue Palamedes de Argos quien inventó los dados (Pausanias, Libro X, 31, 1). Palamedes, contemporáneo de Odiseo y Aquiles, tiene una presencia sucinta en la guerra de Troya, siendo quién desenmascaró el engaño de Odiseo cuando fingió estar loco para evitar participar en la guerra. Esto provocaría la venganza de éste (Apolodoro, Epítome 3: Prehomérica, 1-8).

Las evidencias pictográficas también nos remiten al juego de los dados en el contexto del conflicto troyano. Tal es el caso de la escena de figuras negras pintada por Exequias en un ánfora datada entre el 540-530 a.C. en la que podemos ver cómo los guerreros Aquiles y Ajax disputan una partida a los dados.³ Es una escena que no aparece narrada en los cantos homéricos, pero que se perpetuó en la tradición posterior. Por otro lado, esta imagen no resulta difícil de imaginar, puesto que en diez años que duró el asedio a Troya, los guerreros pasarían muchas horas ociosas que podrían ocupar a través de juegos de azar. Se ha debatido sobre si en esta famosa escena Aquiles y Ajax están jugando a los dados, a las tabas, o quizás a otros juegos de mesa en los que no se requiriese lanzar ninguna “suerte”, sin embargo, el hecho de que el pintor Exequias añadiese como inscripción las palabras “cuatro” y “tres” pronunciadas por Aquiles y Ajax, respetivamente, hace pensar que estos guerreros estuvieran lanzando los dados.

En el mundo etrusco tenemos también evidencias de la presencia de dados fabricados sobre hueso, marfil y aragonita en el registro arqueológico desde, al menos, el s. VIII a.C. (Artioli et al., 2011).

3. METODOLOGÍA DE TRABAJO

Para realizar este estudio partíamos de una serie de preguntas: ¿Dónde aparecen los primeros dados en la Cultura Ibérica? ¿Se recuperaron en espacios de trabajo, habitacionales, rituales o en necrópolis? ¿Podían asociarse con otras piezas que pudieran formar parte de juegos, como serían las fichas o las tabas? ¿Aparecieron junto a una cultura material especialmente rica o todo lo contrario? Empezamos centrándonos en la localización de los dados, en el tipo de yacimiento y en el contexto arqueológico en el que se recuperaron así como con qué piezas aparecieron asociados. Estas asociaciones son un punto

3 http://mv.vatican.va/4_ES/pages/x-Schede/MGEs/MGEs_Sala19_04_056.html (consultado el 30 de junio de 2015).

central de esta investigación, ya que nos permiten identificar posibles juegos prerromanos. Seguidamente, analizamos las características físicas de cada dado: medidas, peso, materia prima, forma (cúbica u oblonga), la puntuación que presenta, la disposición de ésta entre caras opuestas, la orientación de las marcas de puntuación y el tipo de éstas (un círculo inciso simple, doble o triple). Hemos prestado también atención a las tipologías de dados desarrolladas por investigadores precedentes. Béal (1983) en su trabajo sobre le *petit mobilier* del Museo Arqueológico de Nîmes los clasifica dentro del grupo de objetos con sección cuadrada o rectangular, distinguiendo entre: B I: dados que presentan en el cuerpo un hueco que se correspondería con el canal medular del hueso largo que sirvió de soporte para fabricarlos; B III 1: dados plenos (cuyo tamaño señala que raramente sobrepasa los 16 mm) y los excepcionales dados hexagonales: B III 2. Si prestamos atención a su tamaño podemos seguir la tipología de Manniez (2010) que continuó con el trabajo de análisis de los dados de época romana de la ciudad de Nîmes que había empezado Béal. En él realiza una triple distinción de los dados de forma cúbica según sus medidas sean: entre 18-29 mm (dados de talla grande); entre 11-17 mm (dados de talla media); menos de 11 mm (dados en miniatura). Por otro lado, habla de los dados en forma de paralelepípedo (dados oblongos) cuya longitud media sitúa entre los 8,5-21,5 mm. En nuestro estudio hemos querido ir más allá de la forma y las medidas, por ello hemos prestado especial atención a la numeración y a la orientación de las marcas de cada una de las caras de los dados, siguiendo el estudio de Artioli, Nociti y Angelini (2011) sobre noventa y un dados etruscos. Este trabajo nos ha servido como referente metodológico básico para analizar los dados documentados en el panorama ibérico. Estos investigadores aplicaron diferentes técnicas arqueométricas de análisis, así como principios matemáticos sobre la teoría de las permutaciones del azar respecto a las distintas disposiciones de las puntuaciones en cada una de las caras de los dados. Por eso hemos tenido en cuenta la disposición de la puntuación en cada dado analizado. Además, este tipo de estudio ha aportado también interesantes resultados acerca de los dados romanos recuperados en Francia (Manniez, 2010; Poplin, 2012). Igualmente, hemos seguido el trabajo de Poplin (2012) sobre la numeración y la orientación de los dados antiguos y medievales. Su estudio parte de la pregunta: “Dans quelles directions de la pièce regardent les différences faces?” (2012: 30). Porque las opciones son numerosas, y resulta significativa la predilección por unas opciones u otras. En primer lugar, hay que diferenciar cómo está dispuesta la numeración entre las caras opuestas del dado. Debemos tener en cuenta que la numeración de cada cara en un dado cúbico va del 1 al 6 (puesto que no tenemos constancia de ninguno en el que la puntuación supere este número). Cuando las caras opuestas del cubo suman, entre ambas, siete (1-6/ 2-5/ 3-4) lo llamaremos “forma clásica”. Esta es la disposición de la numeración de los dados actuales. Pero no siempre los dados en la antigüedad tenían esta disposición clásica que hoy día domina, sino que encontramos un buen número de ejemplos en los que las caras están opuestas de “forma progresiva” (1-2/ 3-4/ 5-6). Por ejemplo, en el enclave romano de Saint-Denis, por 20 dados recuperados con la numeración de forma clásica, se recuperaron otros 20, con la forma progresiva (Poplin, 2012: 31). Otro ejemplo, el de los resultados obtenidos del análisis de la numeración de los noventa y un dados etruscos depositados entre los museos italianos de Chianciano, Chiusi, Orvieto, Sarteano, Tarquinia y Tuscania (Artioli et al., 2011), en los que también están presentes solo estas dos posibilidades de numeración, la forma clásica y la forma progresiva. En este caso, además, los investigadores señalan las diferencias cronológicas que existen entre el uso de cada una de ellas. Así, la forma progresiva fue utilizada desde el s. VIII a.C. hasta mediados del s. IV a.C. y, por su parte, la forma clásica está presente en los dados a partir del s. V a.C. y, desde mediados del s. IV a.C. es la única que se realiza. En los dados etruscos solo aparecen estas dos formas de numeración y, además, permiten plantear una diferenciación cronológica. Esto no ocurre en los dados analizados para este trabajo.

Debemos ir un paso más allá y una vez que hemos identificado el tipo de numeración entre las caras opuestas de cada dado, nos fijaremos en la orientación de las marcas de la numeración en cada cara; ya que, aunque los números 5, 4 y 1 no suelen variar en su orientación, los números 6, 2 y 3 sí lo hacen. Estos dos últimos pueden orientarse diagonalmente hacia la izquierda “/” o hacia la derecha “\” (por no decir, que en algunas ocasiones, incluso pueden aparecer orientados vertical y horizontalmente). Por su parte, en el

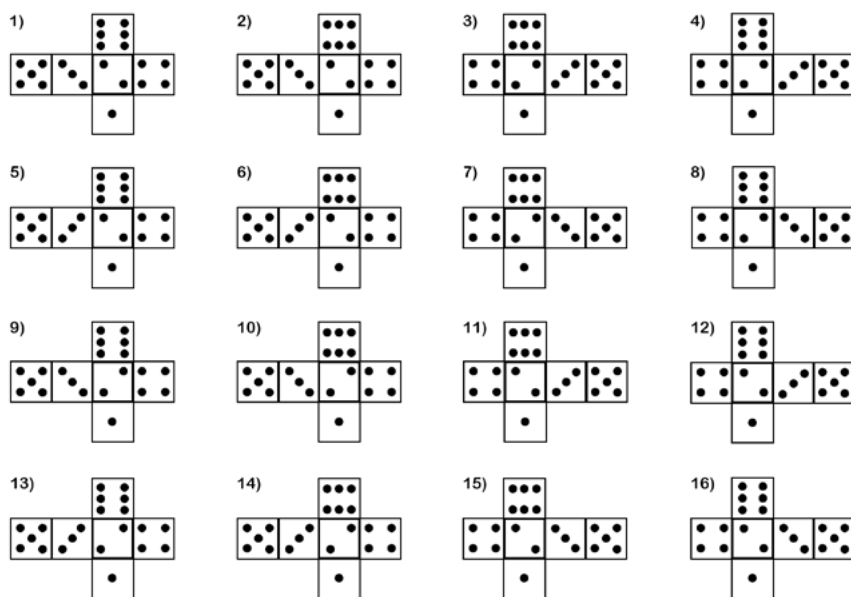


Fig. 1. Esquemas de orientación de las marcas de cada una de las caras de un dado clásico. Basado en Poplin (2012).

número 6, las dos líneas con las tres marcas que componen este número pueden disponerse en el sentido “H” o “=” (Poplin, 2012: 31). La combinación de todas las posibilidades de orientación sería, teniendo en cuenta todas las posibles variaciones,⁴ de dieciséis (fig. 1). Igualmente, dieciséis serían también las combinaciones posibles en la disposición de la puntuación en un dado de puntuación progresiva. Al plasmar los esquemas de las formas de orientación de las marcas de cada una de las caras de un dado hemos seguido el trabajo de Poplin (2012).

Tabla 1. Lista de posibles combinaciones de las numeraciones entre las caras opuestas de un dado. Aparecen resaltadas las combinaciones presentes en los dados prerromanos de la Península Ibérica. Tabla basada en Artioli et al., 2011: 1037-1038.

1-2/ 3-4/ 5-6	1-3/ 2-4/ 5-6	1-4/ 2-3/ 5-6	1-5/ 2-3/ 4-6	1-6/ 2-3/ 4-5
1-2/ 3-5/ 4-6	1-3/ 2-5/ 4-6	1-4/ 2-5/ 3-6	1-5/ 2-4/ 3-6	1-6/ 2-4/ 3-5
1-2/ 3-6/ 4-5	1-3/ 2-6/ 4-5	1-4/ 2-6/ 3-5	1-5/ 2-6/ 3-4	1-6/ 2-5/ 3-4

Si tenemos en cuenta que las posibilidades de numeración entre las caras opuestas de un dado son quince (tabla 1) y que, en cada una de esas quince posibilidades, las marcas de la puntuación se disponen, tal y como ya hemos señalado, de dieciséis formas distintas (sin tener en cuenta que las marcas del dos y el tres se dispongan horizontal o verticalmente), nos encontramos con 240 posibilidades en la disposición de la numeración y de la orientación de las marcas que componen un dado. El hecho de ser consciente de este elevado número de combinaciones nos hará reflexionar aún más sobre el porqué de que entre tantas posibilidades se repiten los dados con los mismos patrones.

4 Sin incluir los casos, ya que no suelen ser habituales, en los que la orientación de las marcas de los números 2 y 3 fueran en sentido horizontal o vertical. Si incluyésemos estas posibilidades el número total de esquemas posibles aumentaría considerablemente (Poplin, 2012: 31).

4. PIEZAS ANALIZADAS

Presentamos un total de siete dados cuya cronología se sitúa en la 2ª Edad del Hierro, entre el s. V y el s. I a.C. Trataremos también el caso de otras seis piezas que, aunque no puedan catalogarse genuinamente como dados, poseen ciertas similitudes que no podemos dejar de señalar (tabla 2 y fig. 2) Aparte de ello, haremos referencia a otros dados descontextualizados que nos han planteado dudas sobre si podrían haber sido ibéricos.

A pesar de que este estudio pretendía centrarse en la época ibérica no podíamos dejar de incluir uno de los dos dados más antiguos de los que tenemos constancia en la Península Ibérica, el recuperado en el yacimiento de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz), cuya cronología se sitúa en torno al s. V-s.

Tabla 2. Dados y otras piezas cúbicas o paralelepédicas analizadas

ID	Yacimiento	Cronología	Contexto hallazgo	Material	Medidas (mm)	Peso (g)	Puntuación	Marcas	Clasif. Béal	Clasif. Manniez
<i>Dados</i>										
1	Cancho Roano	s. V-IV a.C.	Almacén	Pizarra	23x22x23	15,98	Clásica	Doble círculo	B III 1	Talla grande
2	Estacar de Robarinas	f. s. V-m. s. IV a.C.	Tumba	Caliza	17x17x17	10	1-2/ 3-5/ 4-6	Círculo simple	B III 1	Talla media
3	Coimbra Barr. Ancho	1º cuarto s. II a.C.	Tumba	Marfil	9x9x9	-	Clásica	Doble círculo	B III 1	Miniatura
4	Coimbra Barr. Ancho	1º cuarto s. II a.C.	Tumba	Marfil	9x9x9	-	Clásica	Doble círculo	B III 1	Miniatura
5	Coimbra Barr. Ancho	1º cuarto s. II a.C.	Tumba	Hueso	9x9x9	-	Clásica	Doble círculo	B III 1	Miniatura
6	El Palomar	1º tercio s. I a.C.	Habitación	Cerámica	19x18x17,5	9,12	1-3/ 2-4/ 5-¿6?	Círculo simple	B III 1	Talla grande
7	Penya de l'Àguila	s. II-I a.C	Sin contexto (poblado)	Plomo	13x13x13	23,09	Clásica	Círculo simple	B III 1	Talla media
<i>Otros</i>										
8	Basti	1ª mitad s. IV a.C.	Tumba	Caliza	18x18x10	-	Sin punt.	Sin marcas	B III 1	Talla media
9	Puntal dels Llops	f. s. III-i. s. II a.C.	Sin contexto (poblado)	Caliza	23x21x15	17,62	/1-5/	Doble círculo (5). Círculo simple (1)	B III 1	Talla grande
10	Tossal de Sant Miquel	s. III-i. s. II a.C.	Sin contexto (poblado)	Caliza	46x35x35	141,65	Sólo el 4	Doble círculo	B III 1	Talla grande
11	Sepúlveda	¿2ª mitad s. I a.C.?	Sin contexto (poblado)	Cerámica	35x43	-	Motivos decorativos	Signos incisos	B III 1	Talla grande
12	Calahorra	Desconocida	Sin contexto (poblado)	Arenisca	40x37	133,5	Signos incisos	Signos incisos	B III 1	Talla grande
13	Numancia	¿s. I a.C.-I d.C.?	Sin contexto (poblado)	Arenisca	43x37	-	Signos incisos	Signos incisos	B III 1	Talla grande

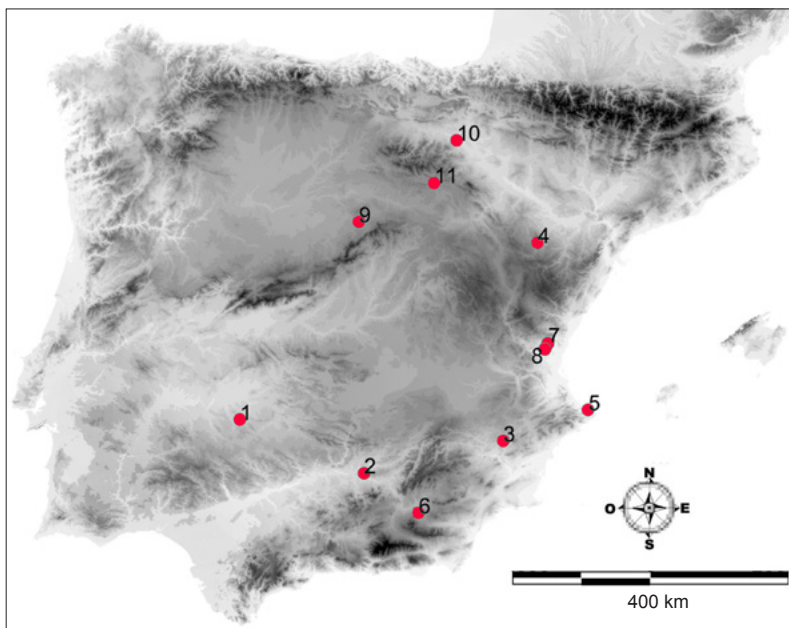


Fig. 2. Yacimientos con dados:
 1. Cancho Roano
 2. Estacar de Robarinas
 3. Coimbra del Barranco Ancho
 4. El Palomar
 5. Peña de l'Àguila.
 Yacimientos con piezas cúbicas o paralelepípedicas:
 6. Baza
 7. Puntal dels Llops
 8. Tossal de Sant Miquel
 9. Sepúlveda
 10. Calahorra
 11. Numancia

IV a.C.⁵ (fig. 3). Esta pieza se halló en las campañas dirigidas por Celestino Pérez en el exterior del edificio principal, en el Sector Norte, concretamente en la estancia N-5 (Celestino y Jiménez, 1993: fig. 4), excavada entre los años 1987 y 1988. Se trata de la estancia más rica en materiales de las seis que se excavaron en este sector. En ella se recuperaron diversos objetos de bronce, entre los que destacan un asador con borde moldurado y un juego de ponderales circulares; un cuchillo afalcatado de hierro; cerámicas –numerosas fusayolas–, un colgante pentagonal de marfil, un conjunto de tabas –algunas de ellas perforadas– y un vaso de alabastro (Celestino y Jiménez, 1993: 44-48). El dado se documentó como una pieza de madera (Celestino y Jiménez, 1993: 48). Sin embargo, el análisis directo del mismo en el Museo Arqueológico de

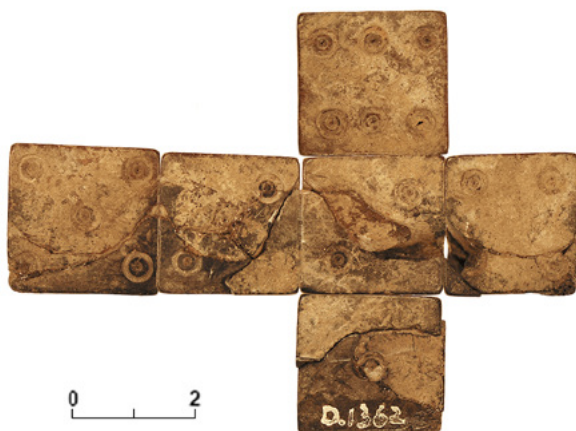


Fig. 3. Dado de Cancho Roano.
 Dado clásico esquema nº 14 (según fig. 1).

5 Celestino y Jiménez hacen alusión a otros dados de cronologías similares: “incluso tenemos noción de algún ejemplar hispánico procedente de la necrópolis almeriense de Villaricos” (1993: 140). Sin embargo, la referencia dada no es demasiado precisa y en nuestro trabajo de revisión bibliográfica no hemos encontrado información sobre dados en ninguna publicación específica de este yacimiento.

Badajoz (donde está depositado), nos ha hecho descartar esta idea y apuntar, no con total seguridad porque la pieza está fracturada y quemada, que se trata de un objeto de piedra, seguramente de pizarra, una roca metamórfica abundante en el paisaje alrededor del yacimiento.

La función que se atribuyó a este dado, teniendo en cuenta el contexto en el que apareció, fue “netamente votiva” (Celestino y Jiménez, 1993: 140). Aun así, los autores, a nuestro juicio de manera oportuna, relacionaron este hallazgo con las numerosas tabas que se documentaron en el yacimiento y con las posibles fichas de juego recuperadas en diferentes estancias de Cancho Roano. Maluquer incidió en la importancia de documentar arqueológicamente evidencias de juegos, ya que “el juego es una actividad que ocupa una parte importante de la vida privada y pública de las colectividades humanas” (1981: 362). Y escribió acerca de la existencia de un posible juego de tipo ajedrez recuperado en el yacimiento, formado por piezas que se asemejaban a peones realizadas en marfil, que estarían contenidas en una arqueta de marfil y de madera (1981: 364). Sin embargo, interpretaciones posteriores parecen indicar que estas piezas en realidad serían las bisagras que permitirían abrir y cerrar la tapa de esa arqueta. Aun así, existen otras piezas menos espectaculares que ese temprano juego de tipo ajedrez al que apuntaba Maluquer, pero que parecen señalarnos la presencia de algo tan cotidiano como serían los juegos, el azar y el entretenimiento en Cancho Roano. Se recuperaron conjuntos de cuatro fichas discoidales, de tamaños similares y de dos colores distintos, blanco y negro (como si perteneciesen a dos jugadores) recuperadas próximas entre sí en la zona E4/E5 de la excavación (1981: 364 y lám. LI). De un modo similar a estas fichas discoidales podríamos considerar el conjunto de ocho y de seis cantos de río de color blanquecino (de una longitud media de unos 2 cm) que pudimos documentar en el Museo de Badajoz (fig. 4).



Fig. 4. Cantos de río hallados en W-3 y en W-2 III.

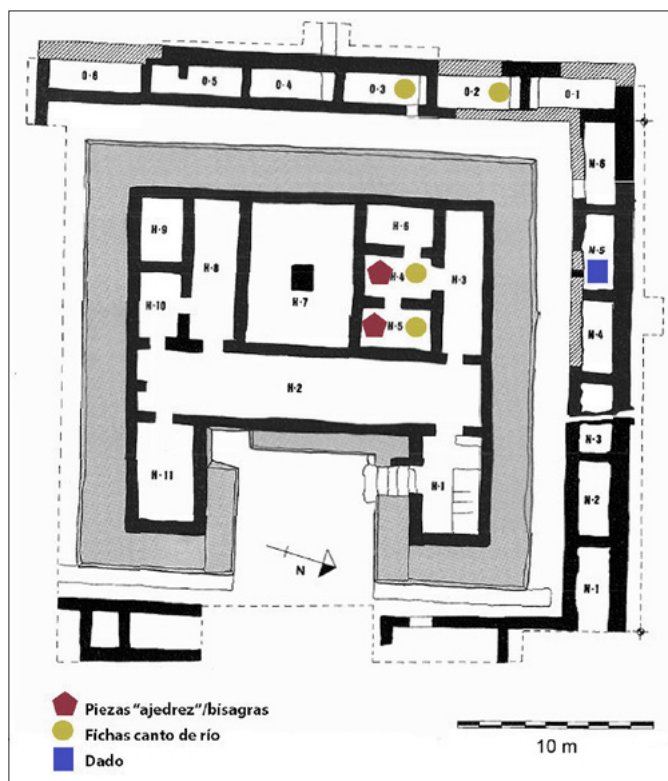


Fig. 5. Plano de Cancho Roano con las piezas señaladas. Modificado a partir de Celestino (1996).

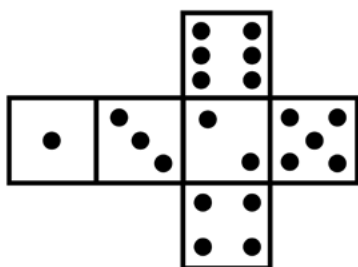


Fig. 6. Esquema de la disposición de las caras del dado de Estacar de Robarinas.

Así pues, el dado de Cancho Roano, del que cabe destacar su numeración clásica al igual que en los dados actuales, es una pieza a destacar pero que también se puede y se debe poner en relación con otros *petits objets* (Feugère y Charpentier, 1989-1990) del yacimiento que pasan desapercibidos (fig. 5).

El siguiente dado (fig. 6) cuya cronología resulta muy similar al anterior, f. s. V-m. s. IV a.C., fue recuperado en la necrópolis ibérica de Cástulo de Estacar de Robarinas (Linares, Jaén). Aparece como ajuar en el enterramiento XV, junto a otras cerámicas y objetos metálicos entre las que destacan una falcata y un *soliferreum*. Sobre todo, nos interesa la presencia, junto al dado de caliza, de un conjunto de siete fichas cuadradas, siete rectangulares y una romboidal realizadas sobre pizarra, así como de seis cuñas de hueso de sección trapezoidal y otros seis discos óseos de sección circular (García-Gelabert y Blázquez, 1988: 137-138). Por tanto, la presencia de un dado junto a un lote de fichas de diferentes formas y materiales nos lleva a poder afirmar que estamos ante un juego depositado como ofrenda del difunto o de la difunta en su viaje al más allá.

Centrándonos exclusivamente en el dado y en la disposición de su numeración, debemos destacar su singularidad. Las caras se enfrentan de una forma inusual, aunque estemos hablando de cronologías tempranas como las de este enterramiento. Como ya hemos señalado, en el estudio de más de noventa dados etruscos cuya cronología más antigua se sitúa en el siglo VIII a.C. (Artioli et al., 2011) no se ha documentado ningún dado con la disposición de los números entre las caras opuestas como se da en este caso: 1-2/ 3-5/ 4-6. Una disposición que tampoco es habitual en dados posteriores.

En la tumba 43 de la necrópolis ibérica de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) encontramos, como ya hemos señalado, no uno, sino tres dados depositados como ajuar. Tres dados clásicos pero cuyos esquemas de disposición de las caras (fig. 1) y de orientación de las marcas no es igual entre sí (fig. 7) ya que aunque los tres son dados clásicos, el A se corresponde con el modelo 10, el B con el 14 y el C,

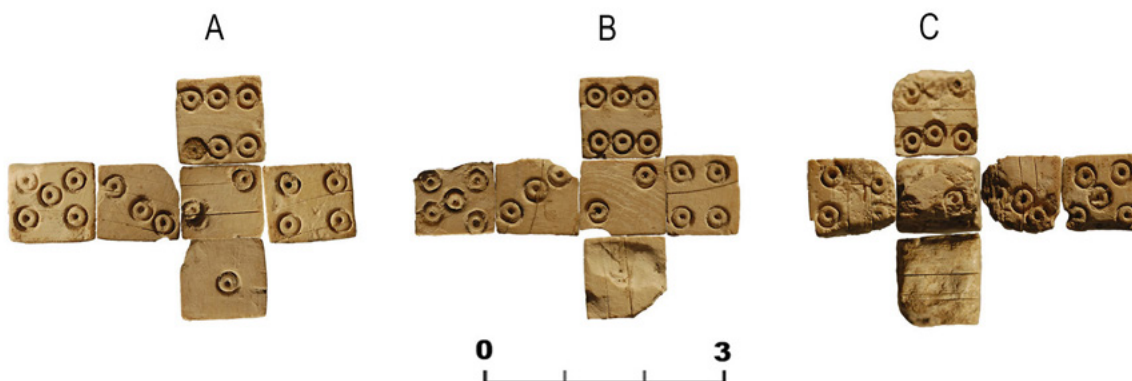


Fig. 7. Esquemas de la disposición de las caras y orientación de las marcas de los dados hallados en el yacimiento de Coimbra del Barranco Ancho.

por su parte con el 15.⁶ El análisis de estas piezas en el Museo Jerónimo Muñoz Molina (Jumilla), donde están depositadas, nos permite afirmar que están realizadas, pese a que se publicaron como dados de hueso (García Cano et al., 2008; Hernández, 2008), sobre marfil, ya que gracias al corte transversal de la pieza se aprecian perfectamente las líneas de crecimiento características del material ebúrneo.

La tumba está datada en el primer cuarto del s. II a.C. y los estudios antropológicos de los restos óseos cremados indican que perteneció a un varón en edad adulta-joven (García Cano et al., 2008: 58). Este enterramiento contaba además como ajuar con diferentes cerámicas (entre ellas varios fragmentos de un bol de campaniense A) y objetos metálicos. Se recuperaron cinco pequeñas piezas de bronce interpretadas como apliques de una pequeña cajita de madera (madera que se habría perdido por los procesos postdeposicionales) con varios cajones (García Cano et al., 2008: 57). Además, se hallaron cinco piezas cilíndricas huecas, con una perforación en la parte medial, realizadas en hueso. Objetos como éstos, aunque han generado debate, se han interpretado como bisagras (Béal, 1983). Por tanto, podrían pertenecer a la misma caja de madera en la que se integrarían los apliques metálicos. Ésta resultaría idónea para contener y guardar los tres dados de marfil, además de otras tres tabas talladas (García Cano et al., 2008: 57), así como incluso dos cabujones de pasta vítrea de tonos azulados que bien podrían haber servido como fichas en algún juego que actualmente desconocemos. Por tanto, las ofrendas de esta tumba se han de poner en relación con todo aquello a lo que asociamos los dados, las tabas y las fichas... con el juego, el entretenimiento e incluso, con algún tipo de ritual o con la adivinación. El hombre enterrado en esta sepultura pudo ser un gran aficionado a los juegos de azar y por eso se mandó enterrar, o sus seres queridos quisieron que realizase su viaje al más allá, acompañado de aquello que le apasionó en vida. Podemos relacionar, además, el número de dados depositados en esta tumba, tres, con esa tirada óptima de tres dados, obteniendo tres seises, que los romanos denominaban como “Suerte de Venus” o, por el contrario, con la mala suerte de tirar tres dados y sacar tres unos “Los Perros” (Adam, 1834: 339) y a la que ya Platón hizo referencia en su tratado de Las Leyes (XII, 968 e) utilizando una frase proverbial en la que se hacía referencia a la fortuna de un juego griego en el que, del mismo modo, tres seises daban la victoria y tres ases la derrota: *“y si lo que queremos es poner en peligro todo nuestro sistema político, sacando, como suele decirse, tres seises o tres ases, hagámoslo así. Yo correré ese riesgo con vosotros”*.

Tiempo después, en el primer tercio del s. I a.C., en un momento y en una zona de contacto con los soldados romanos llegados a la Península Ibérica, encontramos el siguiente dado al que debemos hacer referencia, el del poblado ibero-romano de El Palomar (Oliete, Teruel). Fue realizado sobre barro cocido y presenta puntuaciones en círculos simples realizadas antes de la cocción de la pieza. La disposición y realización de la puntuación en las caras resulta peculiar y no queda totalmente clara. Pensamos que las caras estarían enfrentadas 1-3/ 2-4/ 5-6 (fig. 8). Pero, bien es cierto, que la disposición del número 3 es altamente inusual, ya que no coincide con la orientación diagonal hacia la izquierda o hacia la derecha, ni con la vertical y horizontal, sino que se trataría de una disposición similar a la del 4 en la que falta un círculo en uno de sus vértices. Esta singularidad podría deberse a un error en el momento de su ejecución en el que la persona que lo realizó fuese a repetir la cara del 4 dos veces, pero al darse cuenta de que ya estaba realizada, decidió dejar así el 3. Al fin y al cabo, como escribe Manniez, “Les différences, qui portent sur la disposition des valeurs, soulignent, semble-t-il, la volonté de l’artisan de faire de chacun des dés une pièce unique” (2010: 20). Por otra parte, la cara que interpretamos como un 6 solo conserva el círculo en uno de sus vértices. Esto se debe a que este plano del cubo está fracturado. Sin embargo, al tener todos los demás números realizados y contando con el hecho de que los dados cúbicos mediterráneos desde su origen no cuentan en sus caras con un número mayor que el 6, nos atrevemos a afirmar que sería éste el número que falta.

Esta combinación 1-3/ 2-4/ 5-6, como en el caso del dado de Estacar de Robarinas, no coincidiría con ninguna de las disposiciones de los dados etruscos (Artioli et al., 2011) y tampoco es usual en momentos posteriores. En la Casa 11-1, estancia de El Palomar en la que se recuperó este dado, se hallaron asimismo

6 Los modelos de disposición de los dados clásicos aparecen recogidos en la fig. 1.

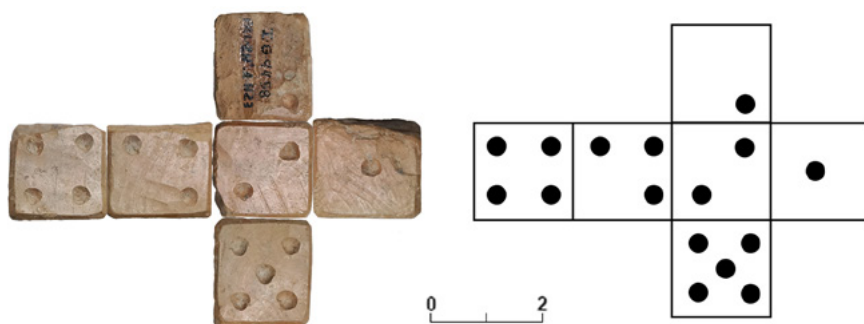


Fig. 8. Esquema de la disposición de las caras del dado de El Palomar.

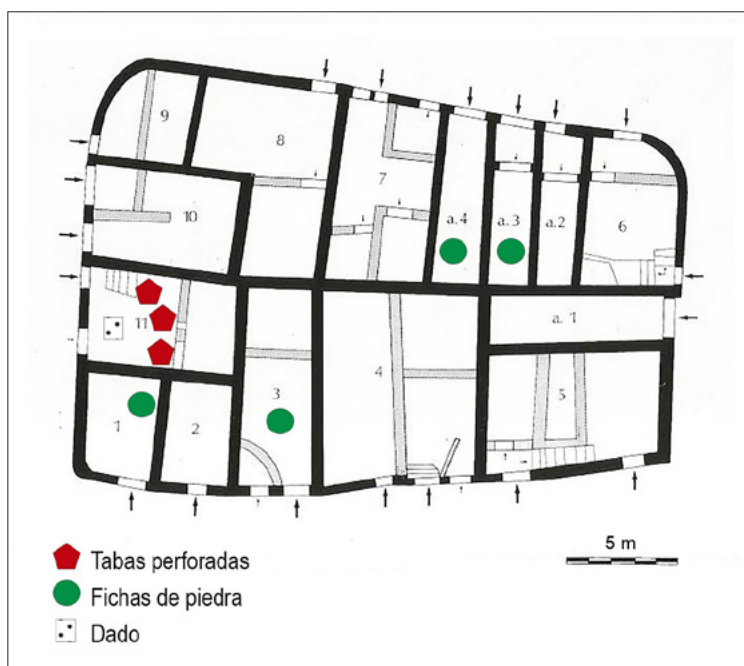


Fig. 9. Plano de El Palomar con las piezas señaladas. Modificado a partir de Vicente et al. (1990).

tres tabas de ovicaprinos perforadas (dos de ellas pertenecientes a extremidades posteriores derechas y otra a una extremidad posterior izquierda⁷). Además, en diferentes habitaciones del yacimiento –Casa 3, Casa I, Almacén 3, Almacén 4– (fig. 9) se han recuperado cinco fichas circulares –nosotros solo tuvimos acceso a cuatro de ellas en las instalaciones del Museo Provincial de Teruel– de sección plana realizadas en piedra (Vicente et al., 1990: 57) que bien podrían pertenecer a algún juego con el que el dado y las tabas estuvieran relacionados (fig. 10).

Encontramos también un dado de plomo en el yacimiento de Peña de l'Àguila, con la disposición de un dado clásico (fig. 11). Dentro de éstos coincidiría con el esquema nº 14 (fig. 1) con la excepción de que la disposición del número 2 en el dado no es diagonal sino vertical. Esta pieza se ha datado entre el s. II-s. I a.C. (AA.VV., 2004). El yacimiento no ha sido excavado, pero Schubart, durante sus prospecciones en la zona del Montgó, levantó una planimetría de sus tres líneas de muralla (1962). Según el estudio

7 Número mínimo de individuos (NMI): 2.

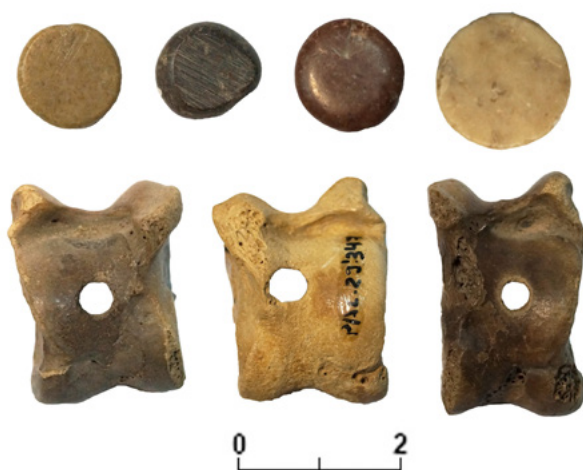


Fig. 10. Fichas de piedra y tabas perforadas halladas en distintas estancias de El Palomar (Oliete).



Fig. 11. Dado de Peña de l'Àguila.

de la tipología constructiva de éstas, así como por la presencia en superficie de fragmentos de cerámica campaniense A y B, Llobregat lo situó entre el s. II-s. I a.C. (1972). Posteriormente se recogieron nuevos materiales en superficie y se depositaron en el Museu Arqueològic i Etnogràfic Soler Blasco de Xàbia. Entre ellos destacan piezas de armamento romano, que irían en consonancia con la tesis de Schubart de que esta fortificación, en un lugar tan inaccesible, debía relacionarse con un momento de crisis relacionado con la Segunda Guerra Púnica o con la localización de la base naval de Sertorio en Dénia (Schubart, 1962). Se recuperaron también un buen número de objetos realizados en plomo (como la pieza que ahora nos ocupa), así como abundantes restos de desecho y fundición de este metal (Mortalla et al., 2012). Con todo esto, quedaría adscribir cronológicamente el dado, teniendo en cuenta que carece de contexto estratigráfico. *A priori* podría relacionarse el yacimiento con un campamento romano y, por ende, el dado que nos ocupa también, puesto que el juego de los dados era muy habitual en el mundo romano y entre los soldados en particular. Sin embargo, no debemos obviar que “sin duda, existía una población local de raigambre ibérica que debió, de alguna manera, jugar su papel en esta reordenación del territorio de la comarca de la Marina Alta llevada a cabo en la primera mitad del siglo I a. C.” (Mortalla et al., 2012: 8). Por tanto, en un yacimiento de contacto entre dos mundos como sería el caso de Peña de l'Àguila este interesante dado de plomo podría ser el reflejo material de dicho contacto y que tanto iberos como romanos hubiesen hecho uso del mismo o de otros similares.

Por otro lado, hemos de exponer el caso de varios dados –ocho en total– que, hemos revisado y nos han planteado dudas sobre su adscripción cronológica. Hemos optado por no incluirlos dentro de la clasificación de dados de la Edad del Hierro del área ibérica, ya que desconocemos el lugar exacto de su hallazgo –con la consiguiente pérdida de información que ello supone– y los yacimientos a los que se asocian cuentan con diferentes fases históricas de ocupación. En el yacimiento ibero-romano de Sant Josep (Vall d'Uixó) se recuperaron dos dados realizados sobre hueso, uno de ellos cúbico de tipo clásico con las puntuaciones realizadas por cuidados triples círculos y el otro paralelepípedo, muy pulido, con puntuación: 3-4/ 5-6. Cabe señalar que estos dados paralelepípedos u oblongos, al tener cuatro caras principales numeradas podrían relacionarse más íntimamente con el juego de las tabas... en el que la pieza puede caer también por una de las cuatro caras naturales (o trabajadas) del astrágalo. No conocemos el contexto estratigráfico en el que aparecieron estos dos objetos dentro del yacimiento, lo cual nos hace difícil concretar su cronología, ya que cuenta con un período de ocupación amplio. Fue excavado en dos campañas entre 1974-1976. En él

se diferenciaron, por la cultura material, varias fases de ocupación. La fase ibérica está subdividida en un periodo que comenzaría en el s. V a.C. y llegaría hasta inicios del s. IV a.C. y, en un segundo que abarcaría desde inicios del s. IV a.C. hasta mediados del s. II a.C., según se ha deducido de las formas cerámicas y de sus motivos decorativos (Rosas, 1984). Tiempo después, el yacimiento volverá a estar habitado en época romana, también en dos momentos diferentes, en el s. III d.C. por una parte y, posteriormente, en el último cuarto del s. IV (Rosas, 1984; Arasa y Rosas, 1994). Por esta variedad de etapas de ocupación del poblado, consideramos demasiado aventurado señalar la cronología de estos dados, de modo que simplemente indicamos su presencia.

Un caso similar ocurre con otros cinco dados hechos sobre hueso, de disposición clásica, recuperados en la Alcudia (Elche) y que revisamos en el propio Museo de la Alcudia. Este yacimiento posee fases de ocupación desde la Edad del Bronce hasta época visigoda, por eso resulta imposible señalar la cronología de estas piezas al carecer del contexto estratigráfico de su hallazgo. Si bien, pudimos revisar otros tres dados de hueso, muy similares a los anteriormente citados, que fueron recuperados en excavaciones recientes en la Alcudia en contextos estratigráficos de época romana... Estos paralelismos nos llevan a pensar que lo más probable es que todos fueran de la ocupación romana de la antigua ciudad de Ilici. Por último, nos queda señalar el caso de un dado expuesto en una de las vitrinas del Ecomuseo de Aras de los Olmos (Valencia). El hallazgo de esta pieza no queda claro ya que fue donado a los fondos del museo por un particular que no concretó exactamente el lugar en el que se recuperó. Por consiguiente, a pesar de que este ecomuseo posee fondos de importantes yacimientos ibéricos de la zona, como el Castillejo de la Muela (Aras de los Olmos), no podemos aventurar el momento de realización y/o uso de esta pieza.

Hasta ahora, hemos tratado el caso de siete dados genuinos adscritos a la Edad del Hierro y el caso de varias piezas de las que no podemos concretar su cronología. Pasamos a señalar ahora los casos de otros seis artefactos que no son dados *per se*, aunque algunos de ellos pudiesen estar relacionados y tener funciones similares (que no iguales).

El primero de ellos fue hallado en un contexto indiscutiblemente ibérico, en la tumba 155 de la necrópolis del Cerro del Santuario de Baza (Granada), la tumba de la famosa Dama, datada en la primera mitad del s. IV a.C. Esta pieza ha sido clasificada como “dado de piedra caliza sin marcar” (Presedo, 1982: 210). Por nuestra parte, consideramos que debería denominarse como pieza cúbica (sus medidas son de 18 x 18 x 10 mm, pero debemos tener en cuenta que está fracturada). No se trata de un dado, porque sus caras no están numeradas de manera alguna y resulta poco probable pensar que se tratase de un dado en proceso de elaboración ya que el hecho de formar parte del ajuar de esta sepultura nos indica que era así como querían que se depositase y que su significado quizás esté ligado a un simbolismo que actualmente se nos escapa.

Dentro de la Edetania, en el *oppidum* de El Tossal de Sant Miquel y en el fortín de El Puntal dels Llops, contamos con dos piezas líticas que inicialmente podrían ser tomadas como dados pero, tras su análisis en el Museu de Prehistòria de Valencia (donde están depositadas), y su comparación con los dados presentados, tenemos que descartarlos. En primer lugar, el motivo más evidente es porque no presentan la numeración propia de los dados. La pieza oblonga del Tossal, hallada en el departamento 102 (Bonet, 1995: 242-243) solo cuenta en una de sus caras con cuatro círculos incisos con un punto interno dispuestos cada uno de ellos en las cuatro esquinas de esa cara rectangular (fig. 12). Por su parte, la del Puntal dels Llops, fracturada y hallada superficialmente en el entorno del yacimiento, cuenta con cinco círculos con un punto interno, dispuestos de la manera habitual del número 5 en un dado. Cabe señalar que el círculo central tiene un tamaño mayor. En la cara opuesta, en la parte central, hay un profundo agujero que podría haberse realizado por el roce continuo con algún tipo de útil duro de tipo metálico o pétreo. Se nos asemeja más que a la cara del número 1 hecha adrede con intención lúdica, a un desgaste de la superficie de la cara por uso. Otras de las características que nos hacen diferenciar estas piezas de los dados ibéricos, son su tamaño y su peso, que resultan superiores a los de los dados presentados (fig. 3). En el caso de la pieza del Tossal es más que evidente la diferencia. Sus dimensiones y peso hacen muy complicado que esta pieza pueda girar sobre una superficie con facilidad al ser lanzada (por no decir que las aristas del

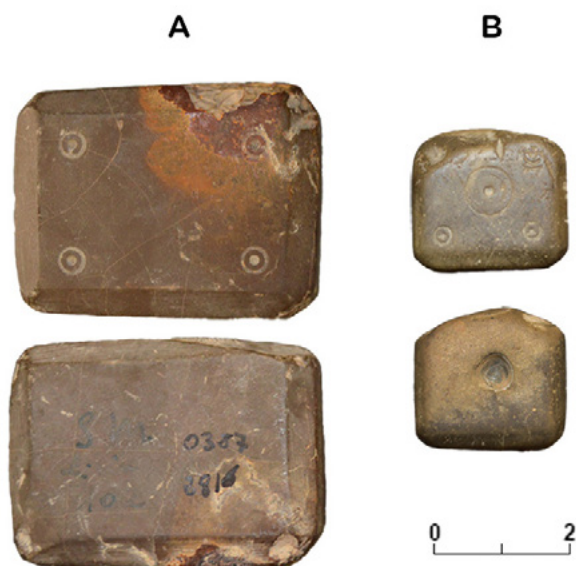


Fig. 12. Caras superior e inferior de las piezas paralelepípedicas de El Tossal de Sant Miquel (A) y de El Puntal dels Llops (B).

acabado en bisel de las caras no están desgastadas). La pieza del Puntal sí tiene unas dimensiones y un peso que se asemejan a los del dado de Cancho Roano, aunque no está completa, por lo que éstos serían mayores. Entonces, ¿qué son estas piezas? Descartado su uso como dados nos planteamos que podrían haber sido utilizadas como pesos. Sin embargo, si tenemos en cuenta los ponderales conocidos para época ibérica, de cuyo sistema metrológico y de cuyas tipologías se ha escrito abundantemente (Fletcher y Mata, 1981; Fletcher y Silgo, 1995; Grau y Moratalla, 2003-2004) debemos señalar que estas dos piezas, por su materia prima, por su forma, su peso y por las marcas que presentan no coinciden con los ponderales ibéricos conocidos. Además, éstos están documentados, hasta la fecha, únicamente en bronce o en plomo. Por ello, mientras no se localicen en un contexto arqueológico fidedigno otras piezas similares a éstas, la incógnita sobre su uso permanecerá abierta.

Por último, quisiéramos señalar el caso de tres piezas cúbicas halladas en el área celtibérica, concretamente en el Cerro de Somosierra (Sepúlveda, Segovia) (Blanco, 2004), en la Estacada (Pradejón, La Rioja) muy próxima a Calahorra (Ballester y Cinca, 1998) y en Numancia (Soria) (Ballester, 1999). La primera está realizada sobre cerámica, las otras dos sobre roca arenisca y, por sus dimensiones, entrarían dentro de la categoría de “talla grande” de la clasificación de Manniez (2010). Todas ellas tienen también sus seis caras decoradas bien sea con motivos geométricos o figurados. Las tres piezas carecen de contexto arqueológico preciso, lo cual dificulta su comprensión, pero se circunscriben dentro de la cultura celtibérica cercanas a yacimientos con contextos domésticos —en la fig. 3 esta circunstancia se ha señalado como “Sin contexto (Poblado)”—. La pieza de la Estacada fue interpretada inicialmente como un dado y se intentó asociar la decoración geométrica “simple” de sus seis caras con la representación de los seis primeros números. Sin embargo, el análisis y la comparación rigurosa de estos seis signos con los sistemas fonemográficos y silabográficos de las diferentes culturas del Mediterráneo protohistórico parecen no tener ninguna concordancia, con lo que “obliga a plantearse la posibilidad de que los signos en su conjunto no representen secuencia fónica ni serie numérica alguna” (Ballester y Cinca, 1998: 235). Aunque, bien es cierto, que podrían corresponderse con símbolos que los celtíberos comprendieran y asociaran y que nosotros desconozcamos en la actualidad. La pieza cúbica de Numancia, al igual que la de la Estacada, posee seis signos realizados por incisión sobre la superficie lítica. En este caso se han definido como signos más complejos y que, aunque no con total exactitud, poseen gran similitud con los signos del hemisilabario

ibérico (Ballester, 1999: 261). La revisión de la pieza numantina y de la pieza de la Estacada llevó a Ballester, siguiendo las sugerencias del profesor De Hoz, a interpretarlas como téseras geométricas (1999: 262) y no como dados. Por su parte, la pieza cúbica de Sepúlveda, datada hacia finales del s. I a.C., presenta, más que signos, decoración geométrica y figurativa realizada sobre las caras alisadas del cubo de cerámica mediante las técnicas de incisión y escisión y, además, cuenta con tres pequeñas perforaciones. Blanco se decanta por la vinculación de la pieza con una actividad de carácter lúdico, como sería un juego de azar o, en todo caso, que estuviese vinculada con prácticas mágicas o adivinatorias (2004: 136). No plantea la posibilidad de que se trate de una tésera tardoceltibérica, sin embargo, teniendo en cuenta lo escrito sobre las piezas de la Estacada y Numancia, esta posibilidad no debería ignorarse sin más. En cualquier caso, estas tres piezas, pese a su forma cúbica, distan de poder ser interpretadas como dados, ya que no presentan una numeración clara. Si bien es cierto que siempre podría asignársele a cada cara, con una decoración o signo diferente, un valor distinto y emplearlas con el mismo fin que los dados actuales. Aunque la comprensión de estos símbolos resulta más compleja para nosotros, sería igual de útil para los usuarios de estas piezas. Cabe apuntar que en la campaña de excavación del 2015 en el alfar íbero-romano de Mas de Moreno (Foz Calanda) dirigida por los arqueólogos Alexis Gorgues y José Antonio Benavente, se halló una nueva pieza cúbica con signos incisos, similar a las recuperadas en la Estacada y Numancia, que esperan que puedan asociarse a numerales de época ibérica.⁸

5. CONCLUSIONES

En lo que respecta a las materias primas empleadas, tenemos que destacar la variedad de soportes documentados (fig. 13) a pesar del reducido número de dados documentados. Por supuesto, debemos pensar además que estas piezas se pudieron realizar no sólo en estas materias primas duraderas, sino también en madera, un material con el que resultaría fácil realizar estos objetos y que, por su carácter orgánico, no habría llegado hasta nuestros días. Los dados realizados en hueso o en marfil suelen ser los más numerosos en los registros arqueológicos de cualquier época y cultura. Valgan como ejemplo los aquí presentados o, más significativamente, los casi noventa dados etruscos realizadas sobre hueso y/o marfil (Artioli et al., 2011). Incluso podemos destacar la documentación de un taller especializado en la fabricación de dados de hueso, sobre diáfisis de hueso largos de animales de talla media/grande, en el castillo de Apcher (Lozère, Francia) entre los siglos XIV y XVII (Chazottes, 2012) o un taller de fabricación de dados de hueso en el yacimiento céltico de Arènes (Levroux, Francia) en el que se han atestiguado más de quinientos fragmentos de desecho de fabricación. El análisis zooarqueológico de estos desechos ha permitido señalar que estos dados se realizaron, fundamentalmente, sobre metapodos y tibias de caballo y, en menor medida, de buey (Krausz, 2000: 137).

El total de los dados presentados en este trabajo no es muy numeroso, pero consideramos justificada la recopilación y valoración de todos ellos. Así como consideramos necesaria la revisión efectuada de otras piezas que, aunque cúbicas o paralelepípedicas, no deben de ser tomadas como dados solamente por su forma. Aclarado esto, debemos destacar la importancia de la presencia de dados en la Península Ibérica antes de la llegada de los romanos. Así, los dados de Cancho Roano y Estacar de Robarinas nos revelan que estas piezas estuvieron presentes en el territorio del sur peninsular ya en el s. V a.C. De modo que no fueron las tropas romanas las que introdujeron estas piezas, muy habituales en su cultura, en Iberia. ¿Cómo aparecieron por tanto en la Península? Debieron ser introducidos por influjo de otros colonizadores venidos, antes que los romanos, por el Mediterráneo. Así, no olvidemos que los dados tuvieron gran importancia en el mundo griego y que de sobra eran conocidos por los etruscos (Artioli et al., 2011). El escueto panorama de su presencia en el territorio peninsular en cronologías tardías nos hace sugerir también que estas dos piezas, presentes además en dos enclaves relevantes como son el palacio-santuario de Cancho Roano y la

8 <http://www.iberosenaragon.net/noticias.php> (consultado el 7 de septiembre de 2015).

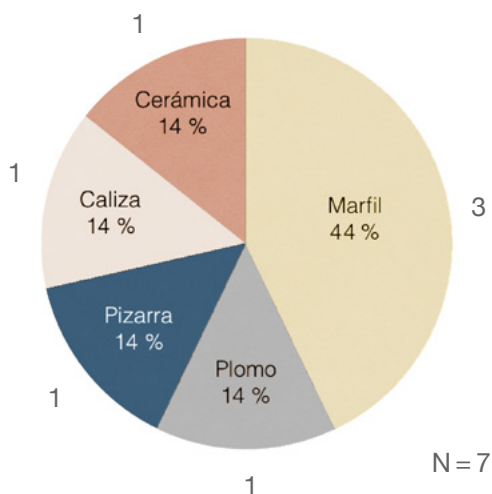


Fig. 13. Materias primas empleadas en la elaboración de los dados presentados en este trabajo.

necrópolis ibérica del *oppidum* de Cástulo, debieron ser adquiridas por actividades comerciales con otras culturas del Mediterráneo. Consideramos que estos dados no fueron fabricados en los propios yacimientos porque, de ser así, presumiblemente tendríamos algo más que un único ejemplar aislado en cada enclave. Son hallazgos casuales y su uso no estará generalizado en el territorio peninsular hasta que los romanos se asienten en Hispania.

Por su parte, los tres dados de la sepultura ibérica de Coimbra del Barranco Ancho están datados en el primer cuarto del siglo II a.C. En ese periodo, cartagineses y romanos estaban inmersos en contiendas en la Península y, por ello, pudieron haber sido depositados como ajuar de un difunto que tuvo acceso a estos objetos en vida por medio del contacto con las nuevas culturas que llegaron a las costas peninsulares. Además, el hecho de que estén realizados sobre marfil, una materia prima de gran valor económico y comercial, acentúa la importancia de los mismos y nos habla de piezas que no estarían, ni mucho menos, al alcance de todos. Así pues, para el Ibérico Final tampoco podemos hablar, ni mucho menos, de una generalización de la presencia de los dados dentro de la Cultura Ibérica. *Penya de l'Àguila* y *El Palomar* son lugares de contacto, donde los iberos asimilaban la cultura romana, zonas de conflicto entre Sertorio y Pompeyo, nativos peninsulares que aceptaron los adelantos técnicos y nuevas formas de vida traídos por los latinos... En esos enclaves, seguramente verían un dado por primera vez en el s. I a.C., porque el hecho de que cuatro siglos antes en Cancho Roano o en Cástulo estuvieran ya presentes, no nos indica que posteriormente se hiciese extensible de forma continuada su uso y su conocimiento. Lo cierto es que en la Cultura Ibérica no predomina el uso de los dados, sino de las tabas, tanto en necrópolis como en poblados (Blasco, 2015: 51). El juego de las tabas fue muy popular no sólo en el mundo ibérico, sino en todas las culturas mediterráneas de la antigüedad (Segura y Cuenca, 2007: 82-83). Las tabas se corresponden con los huesos astrágalos presentes en las extremidades posteriores de los mamíferos, los más empleados fueron los de ovejas, cabras y cerdos. Estos huesos singulares, con cuatro caras diferenciadas, fueron los verdaderos “dados” de los iberos, las piezas con las que tentar al azar, con las que entretenerse, jugar... También podrían ser artefactos con los que interpretar los designios de los dioses o adivinar el porvenir. Porque cuando lanzas algo al aire, cierto es, la suerte está echada, y esa “suerte”, buena o mala, puede tanto usarse en un juego de azar como interpretarse en un augurio. Para el mundo romano la presencia de las tabas es muy importante, pero también el uso de los dados está ya totalmente extendido. Incluso, en el evangelio de Juan se cuenta cómo los legionarios romanos, después de haber crucificado a Jesús, se jugaron su túnica “*Así se cumplió la Escritura: Repartieron mis vestidos entre sí, y sobre mi túnica echaron suertes*” (Juan, 19:28). Tanto se jugaba a los dados que en tiempos de la República su uso tuvo que ser prohibido por

la *Lex Talaria*, excepto en las fiestas de las Saturnalias (Daremberg y Saglio, 1877-1918: 180 –Alea–). Así, en los asentamientos romanos de la Península Ibérica encontramos numerosos hallazgos de dados realizados en diferentes materias primas, como en el campamento romano de la Cerca⁹ (Aguilar de Anguita, Guadalajara), en *Emérta Augusta*,¹⁰ *Bilbilis* (Fenoy, 2009), entre otros.

Debemos destacar de nuevo lo significativo de la asociación de algunos de los dados con tabas y con fichas de juego; como la tumba XV de Estacar de Robarinas, en la que aparecen distintos conjuntos de piezas líticas que consideramos que pertenecieron a un juego de al menos dos jugadores; la tumba 43 de Coimbra del Barranco Ancho o las piezas líticas y las tabas perforadas halladas en la misma habitación donde se halló el dado de El Palomar o cercanas a ésta. Incluso, aunque no en la misma habitación, en otras estancias de Cancho Roano se recuperó un conjunto de cantos y piezas líticas de colores blanco y negro que sumados al dado de pizarra allí documentado recuerdan sobremedida al conjunto cerrado de fichas de juego y dos dados recuperados en la sepultura 1266 de la necrópolis romana de Gloucester (Inglaterra) (Cool, 2008: 105). Tampoco debemos pasar por alto que, de igual manera, podríamos señalar la presencia de juegos prerromanos en el área ibérica sin que fuera necesario contar con un dado asociado a fichas o a tabas. Ya que la presencia única de conjuntos de piezas líticas o de tabas en los yacimientos puede ser el reflejo de estos juegos (que luego se seguirán manteniendo o que evolucionarán). Así, podemos señalar los ejemplos de las evidencias materiales del Puntal dels Llops, donde se hallaron 19 cantos rodados –inv 1161– a modo de fichas (Bonet y Mata, 2003: 161) o de El Cigarralejo. En esta necrópolis podemos nombrar, entre otras, el caso de la tumba 43 en la que se recuperaron nueve piedrecitas planas de hueso de forma elíptica que podrían haberse empleado como fichas de un juego (Cuadrado, 1987: 148, fig.48) o la tumba 200 donde se hallaron otras catorce piedrecitas planas (Cuadrado, 1987: 364, fig. 149). Por eso, aunque en este trabajo nos hemos focalizado en los dados presentes en el área ibérica en la Edad del Hierro, no son estas piezas las únicas que evidencian los juegos de azar... sino que serían una parte más de los mismos, ya que su presencia no resulta imprescindible para los mismos.

Así pues, todas estas piezas que se incluirían dentro de los “*petit objets*”¹¹ (cuyo valor queremos reivindicar una vez más) nos están reflejando algo tan humano como el entretenimiento, el ocio. Tan humano y tan significativo. Como apuntó Maluquer: “En muchas excavaciones es frecuente el hallazgo de piezas que parecen juegos sin que en general se ponga el acento sobre ellas y se les dé la importancia que merecen para el conocimiento del modo de vida de nuestras poblaciones protohistóricas. El juego es, sin embargo, una actividad que ocupa una parte importante de la vida privada y pública de las colectividades humanas” (1981: 36).

Pero también los dados nos reflejan algo que va más allá del mero juego... De este modo, sabemos a ciencia cierta que en el mundo griego y en el mundo romano fueron empleados como medios de adivinación de la voluntad de los dioses y del designio que podía esperar cada uno en la vida. Conocemos santuarios, tales como el ático de Skiron, dedicado al culto de *Athenea Skiras*, donde se empleaban únicamente dados para efectuar adivinaciones (Blanco, 2004: 137). Pero, por lo general, de nuevo, los dados no eran piezas excluyentes, sino que eran unos objetos más con los que interpretar el porvenir, ya que también podían lanzarse palos, astrágalos o, simplemente, utilizar otros sistemas de adivinación que no implicasen el lanzamiento de “suertes” (*klêroi*, *sortes*) (Luck, 1995: 289). Así lo expresaba Cicerón: “*Desde luego, no encuentro pueblo alguno –por muy formado y docto, o muy salvaje y muy bárbaro que sea– que no estime que el futuro puede manifestarse a través de signos, así como ser captado y predicho por parte de algunas personas*” (Cicerón, *Sobre la adivinación*, Libro I, 1).

9 Texto: Museo Arqueológico Nacional. CER.es. (<http://ceres.mcu.es>), Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, España (consultado el 04/07/2015).

10 Texto: Museo Nacional de Arte Romano. CER.es. (<http://ceres.mcu.es>), Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, España (consultado el 04/07/2015).

11 <http://artefacts.mom.fr/fr/home.php> (consultado el 07/07/2015).

En definitiva, esperamos que este trabajo sirva para poner el acento en este tipo de piezas, presentes quizás en otros yacimientos peninsulares entre los siglos VI-I a.C. y sobre las que no se ha incidido lo suficiente o ni siquiera se han publicado. En este estudio hemos pretendido mostrar el panorama global de la presencia de dados y otras piezas cúbicas o paralelepípedicas similares, insistiendo en la diferencia entre las mismas y reivindicando también la importancia de otras pequeñas piezas asociadas a los dados que podrían conformar conjuntos de juegos. Asimismo, consideramos que el análisis de la numeración y de la disposición de las marcas en cada una de las caras de los dados ha reflejado diferencias significativas y un nuevo punto de vista mediante el que acercarse al estudio de esta clase de objetos. En cualquier caso, citando a Julio César, “*Alea jacta est*”.

AGRADECIMIENTOS

Queremos mostrar nuestro agradecimiento a la Doctora Consuelo Mata Parreño por su apoyo a lo largo de todo este trabajo y por sus oportunas puntualizaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (2004): *Xàbia. Arqueologia y Museo. Museos Municipales en el MARQ*. Museu Arqueològic Provincial d'Alacant, Alicante, 119 p.
- AA.VV. (2007): *Fragments de Historia. 100 años de arqueología en Teruel*. Museo de Teruel, Teruel, 346 p.
- ADAM, A. (1834): *Antigüedades Romanas. Tomo III*. Imprenta de Cabrerizo, Valencia, 374 p.
- ARASA, F. y ROSAS, M. (1994): “Les ceràmiques fines tardoromanes del jaciment de Sant Josep (la Vall d'Uixó, Castelló)”. En *III Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica. Maó, 12-17 de Setembre de 1988*. Monografies de la Secció Històrico-Arqueològica II, Barcelona, p. 445-450.
- ARLEGUI, M.A. y BALLESTER, X. (1997): “El Dado Numantino”. *Kalathos*, 16, Teruel, p. 213-221.
- ARTIOLI, G.; NOCITI, V. y ANGELINI, I. (2011): “Gambling with etruscan dice: A tale of numbers and letters”. *Archaeometry*, 53 (5), p. 1031-1043.
- ASCALONE, E. (2008): *Mesopotamia*. Colección Grandes Civilizaciones, Barcelona. 368 p.
- BALLESTER, X. (1999): “Postilla al Dado Calagurritano (y al Numantino)”. En *Kalakorikos*, 4, p. 257-266.
- BALLESTER, X. y CINCA, J.L. (1998): “El Dado Calagurritano”. En *Kalakorikos*, 3, 233-238.
- BÉAL, J.C. (1983): *Catalogue des objets de tabletterie du Musée de la Civilisation Gallo-Romaine de Lyon*. Centre d'Et. Rom. et Gallo-Rom., Lyon III, NS n° 1, Lyon, 198 p.
- BÉAL, J.C. (1984): *Les objets de Tabletterie antique du Musée de Nîmes*. Direction des Musées de France, Nîmes, 120 p.
- BLANCO, J.F. (2004): “Pieza cúbica Celtibérica de arcilla hallada en Sepúlveda (Segovia)”. En *CuPAUAM*, 30, p. 131-139.
- BLASCO, M. (2015): “El trabajo sobre hueso, asta y marfil en Covalta. Evidencias de un taller de época ibérica”. *Recerques del Museu d'Alcoi*, 24, p. 43-58.
- BONET, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Lliria: la antigua Edeta y su territorio*. Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia, 547 p.
- BONET, H. y MATA, C. (2002): *El Puntal dels Llops: un fortín edetano*. Servicio de Investigación Prehistórica, Diputación Provincial de Valencia (Serie de Trabajos Varios, 99), Valencia, 341 p.
- CARA, L. (2007): “El material arqueológico de las excavaciones en el Sector 8 de Villaricos (Almería). Mil años de historia de una ciudad mediterránea occidental en la Antigüedad”. En *Actas de las jornadas sobre la zona arqueológica de Villaricos, Almería 2005*. Almería, p. 89-130.
- CAUBET, A.; GABORIT-CHOPIN, D. y POPLIN, F. (2004): *Ivoires: de l'Orient ancien aux temps modernes*. Réunion des musées nationaux, Paris, 191 p.
- CELESTINO, S. y JIMÉNEZ, F.J. (1993): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano IV (El Sector Norte)*. Serie Arqueológica, B.Gil Santacruz, Badajoz, 261 p.

- CELESTINO, S. (ed.) (1996): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V-VI-VII. Los sectores Oeste, Sur y Este*. Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, Madrid, 368 p.
- CHAZOTTES, M.A. (2012): “De l’os à l’objet: les traces d’un atelier de fabrication de dés à jouer en os à Apcher (F, Lozère), XIVe-XVIIe s”. *Bulletin Instrumentum*, 36, p. 41-43.
- COOL, H. (2008): “The small finds in Simmonds”. En A. Márquez, N. Grant y L. Loe (dirs.): *Oxford Archaeology Monograph*, 6, Oxford, p. 104-115.
- DAREMBERG, C. y SAGLIO, E. (1877-1918): *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*. Librairie Hachette, Paris.
- FALCÓ, V. y CASABÓ, J.A. (1989): “Téssera de plom inèdita trobada al jaciment ibèric del Pic de l’Àguila (Dènia, Alacant)”. *Xàbiga: revista del Museu de Xàbia*, 5, p. 65-76.
- FASSONE, A. y FERRARIS, E. (2008): *Egipto*. Colección Grandes Civilizaciones, Barcelona, 383 p.
- FENOY, E. (2009): “Restauración de material óseo procedente del yacimiento de *Bilbilis* (Calatayud)”. *Kausis*, 6, p. 30-35
- FEUGÈRE, M. y CHARPENTIER, X. (1989-1990): “Les ‘petits objets’. Un quartier de Bordeaux du Ier au VIIIe siècle. Les fouilles de la Place Camille-Jullian”. En L. Maurin (dir.): *Documents Archéologiques du Grand Sud-Ouest*, 3, Bordeaux, 373-394.
- FLETCHER, D. y MATA, C. (1981): “Aportación al conocimiento de los ponderales ibéricos”. *Sagvntvm-PLAV*, 16, p. 165-175.
- FLETCHER, D. y SILGO, L. (1995): “De nuevo sobre ponderales ibéricos”. *Verdolay*, 7, p. 271-175.
- GARCÍA BACCA, J.D. (1985): *Necesidad y azar: Parménides (s. V a.C.) - Mallarmé (s. XIX d.C.)*. Anthropos, Barcelona, 152 p.
- GARCÍA CANO, J.M. (1997): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Universidad de Murcia, Murcia, 550 p.
- GARCÍA CANO, J.M.; PAGE, V.; RAMOS, F.; HERNÁNDEZ, E. y GIL, F. (2008): *El mundo funerario ibérico en el altiplano ibérico en el altiplano Jumilla-Yecla (Murcia): La necrópolis de El Poblado de Coimbra del Barranco Ancho. Investigaciones de 1995-2004. II.-Las incineraciones y los ajueres funerarios*. Proyecto Iberos Murcia, Murcia, 459 p.
- GARCÍA-GELABERT, M.^{op} y BLAZQUEZ, J.M.^a (1988): *Cástulo (Jaén, España). I. Excavaciones en la necrópolis ibérica de Estacar de Robarinas (s. IV a.C.)*. BAR IS 425, Oxford, 425 p.
- GRAU, I. y MORATALLA, J. (2003-2004): “La regulación del peso en la Contestania Ibérica: Contribución al estudio formal y metrológico de las pesas de balanza”. *AnMurcia*, 19-20, p. 25-54.
- HERNÁNDEZ, E. (2008): *Museo Arqueológico Municipal Jerónimo Molina (Jumilla). Guía*. Ayuntamiento de Jumilla y Consejería de Cultura y Turismo.
- KRAUSZ, S. (2000): “L’exploitation des matières animales: objets et déchets artisanaux”. En *Le village celtique des Arènes à Levroux, synthèses*. Revue Archéologique du Centre de la France, 19 supplément, p. 131-140.
- LEJEUNE, M. (1981): “Les six premiers numéraux étrusques”. *Revue des Études Latines*, 59, p. 69-77.
- LLAGOSTERA, E. (2011): El ocio en la antigüedad. Juegos del mundo. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 24, p. 305-330.
- LLOBREGAT, E.A. (1972): *Contestania Ibérica*. Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante, 229 p.
- LUCK, G. (1995): *Arcana Mundi. Magia y Ciencias Ocultas en el Mundo Griego y Romano*. Gredos, Madrid, 458 p.
- MALUQUER, J. (1981): *El Santuario Protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz. 1978-1981*. Programa de Investigaciones Protohistóricas IV, Departamento de Prehistoria y Arqueología, Barcelona, 409 p.
- MANNIEZ, Y. (2010): “Contribution à l’étude des dés en os d’époque romaine de la cité de Nîmes (F)”. *Instrumentum*, 32, p. 18-22.
- MORATALLA, J.; SALA, F. y PRADOS, F. (2012): “Tossal de la Cala, Cap Negret, Penyal d’Ifach, Pic de l’Àguila, Portet de Moraira, Serra Grossa y Alt de Segària (Benidorm - Altea - Calp - Dènia - Teulada - Benimeli - Alicante)”. *Intervenciones Arqueológicas en la Provincia de Alicante 2011*, Alicante (publicación digital: http://www.marqalicante.com/contenido/int_arqueologicas/doc_155.pdf).
- MORET, P. (1993): *La vida cotidiana en Egipto en tiempos de los Ramsés*. Temas de Hoy, Madrid, 414 p.
- NÉRADAU, J.-P. (1984): *Être enfant à Rome*. Les Belles Lettres, Paris, 411 p.
- PRESEDO, F.J. (1982): *La Necrópolis de Baza*. Excavaciones Arqueológicas en España, 119, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, Madrid, 360 p.
- RATTO, S. (2008): *Grecia*. Colección Grandes Civilizaciones, Barcelona, 384 p.

- ROSAS, M. (1984): “El poblado ibero-romano de Sant Josep (la Vall d’Uixó)”. *Fonaments. Prehistòria i Món Antic als Països Catalans*, 4, Barcelona, p. 247-277.
- SCHUBART, H.; FLETCHER, D. y OLIVER, J. (1962): *Excavaciones en las fortificaciones de Montgó cerca de Denia (Alicante)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 13, Madrid, 28 p.
- SEGURA, S. y CUENCA, M. (2007): *El ocio en la Grecia Clásica*. Universidad de Deusto, Bilbao, 309 p.
- THOMPSON, D.B. (1971): “The Athenian Agora. An ancient shopping center”. En *Excavations of the Athenian Agora, Picture Book n° 12*. American School of Classical Studies at Athens, Princeton, New Jersey, 32 p.
- VICENTE, J.; EZQUERRA, B. y ESCRICHE, C. (1990): *Oliete hace dos mil años*. Teruel, 66 p.